



## ONAINDÍA

## La izquierda vasca de la Transición desestimó la legitimidad democrática de la derecha no nacionalista

**B**AJO el doble sello de las editoriales Siglo Veintiuno y Biblioteca Nueva, acaba de aparecer en las librerías *Mario Onaindía* (1948-2003). *Biografía patria*, del historiador Fernando Molina Aparicio. No se trata sólo de lo que el título honestamente promete —na biografía del antiguo activista de ETA condenado a muerte en el consejo de guerra de Burgos, en diciembre de 1970, que terminó sus días como senador del Reino de España y presidente del Partido Socialista de Euskadi en Álava— sino una excelente aproximación a la historia de la generación vasca de la Transición. Su autor no es un hagiógrafo, y la innegable simpatía que muestra hacia el biografiado no le ha impedido mostrar las zonas sombrías de una ejecutoria política que, en conjunto, fue todo lo ejemplar que sus determinaciones de origen y las circunstancias de la época —como recuerda Juan Pablo Fusi en el magnífico preámbulo del libro— le permitieron.

Con Mario Onaindía me unió una estrecha amistad que no evitó la discrepancia. Disentíamos en muchas cosas. Molina Aparicio llega a insinuar que Mario forjó sus teorías en torno a la nación y al nacionalismo como una refutación de lo que yo había escrito al respecto, pero, aunque es cierto que mantuvimos diferencias inconciliables en numerosos asuntos, nunca dejamos de coincidir en lo fundamental y en ningún momento nos alejó la discusión, incluso la más agria. Por el contrario, creo que am-

bos la necesitábamos, porque iba acrisolando nuestras convicciones respectivas. No tengo inconveniente en declarar no sólo el afecto que sentí siempre por un amigo muy querido, sino la estima intelectual por su obra, que, como Fusi y Molina observan, va ganando con el tiempo matices nuevos y valiosos.

A Mario le costaba mucho cantar palinodias. Durante bastante tiempo las eludió mediante un truco retórico que tenía mucho de inconsciente y consistía en proyectar sobre el pasado sus posiciones políticas y morales del presente. A veces, tal actitud resultaba divertida, como cuando reprochó a Rodolfo Martín Villa, en una cena distendida de finales de los años ochenta, que el primer gobierno de Suárez hubiera mantenido en la cárcel hasta las vísperas de la ley de la Reforma Política a los condenados del consejo de guerra de Burgos, siendo así, según Mario, que todos éstos se habían convertido ya en adocenados socialdemócratas. Martín Villa contestó, con bastante razón, que Mario tenía más morro que Mahalia Jackson cantando el *Only you*. O algo parecido.

Pero lo que verdaderamente costó a Mario Onaindía —y aún resulta inconcebible a muchos de sus herederos políticos— fue admitir la legitimidad democrática de la derecha no nacionalista en el País Vasco. Del pluralismo que aquél defendió con sinceridad y valentía estuvo excluida durante demasiado tiempo una parte de la sociedad vasca que consideraba estigmatizada por un franquismo residual, mientras caían asesinados a docenas los miembros de UCD y AP. Fue el punto ciego de Onaindía y el de la izquierda vasca procedente del antifranquismo. Mario supo reconocerlo cuando la amenaza de ETA sobre su vida lo heredó con las gentes que más habían sufrido hasta entonces el azote terrorista.

Pero, entre tanto, los vascos perdieron la oportunidad de cimentar la democracia en un bloque constitucional y, sobre todo, la de deslegitimar totalmente a ETA, privándola de sus coartadas antifranquistas (falsas e improvisadas con el único objeto de destruir el Estado de Derecho). La tragedia de la izquierda vasca de la Transición, reflejada sin paliativos en el libro de Molina Aparicio, radica en haber llegado tarde a la realidad más evidente.